

Tyché y Automaton en la Clínica de la Urgencia

María Inés Sotelo* - Vanesa Patricia Fazio**

Resumen

Desde la perspectiva psicoanalítica, la experiencia de la urgencia representa un quiebre, una ruptura que deja usualmente al sujeto sin recursos para sostener el relativo equilibrio con que su vida transcurre.

Un encuentro fallido con lo real, el accidente de la tyché, produce un colapso en el automatismo de repetición, confiriendo a la urgencia la apariencia de un sin tiempo. En este contexto, la intervención del analista propondrá la introducción de un tiempo de elaboración simbólica de aquello que, en principio, se presenta sin sentido. Elaboración que no tendrá como horizonte el restablecimiento de la situación a un punto anterior, sino la subjetivación de la urgencia, haciendo del encuentro con un analista una oportunidad que anime y propicie un despertar.

Palabras Clave: urgencia, repetición, tyché, automaton, despertar

Abstract

From the psychoanalytic perspective, the experience of urgency represents a break, a rupture that usually leaves the subject without resources to sustain the life's relative balance. A failed encounter with the real, the accident of the tyché, produces a collapse in the automatism of repetition, giving the urgency the appearance of timelessness.

In this context, the analyst's intervention will propose the introduction of a time of symbolic elaboration of what, in principle, is presented without meaning. An elaboration that will not have as its horizon the reestablishment of the situation to a previous point, but the subjectification of the urgency, making the meeting with an analyst an opportunity that encourages and promotes an awakening.

Keywords: urgency, repetition, tyché, automaton, awakening

Introducción

Nos interesa en esta oportunidad situar algunas consideraciones vinculadas a la urgencia y el tiempo y pensar posibles orientaciones clínicas a partir de su relación con dos conceptos trabajados por Lacan a la altura del *Seminario 11* (1964): tyché y automaton.

Para ello, ubicaremos la particularidad de las presentaciones clínicas en la urgencia, signadas por el exceso que conduce a un límite temporal. Asociaremos la experiencia de este límite con la tyché, como un encuentro azaroso y fallido con lo real.

*Doctora en Psicología | Universidad de Buenos Aires | inessotelo@gmail.com

**Doctora en Psicología | Universidad de Buenos Aires | vanesafazio@hotmail.com

Esta lectura nos permitirá pensar en la intervención clínica en la urgencia desde una orientación que se dirija a hacer de ese encuentro un acontecimiento propicio para producir un despertar.

De la homeostasis al quiebre

Pensar la clínica desde la perspectiva psicoanalítica implica considerar, como primera medida, que cada caso es siempre único y singular. Si bien contamos con categorías orientadoras, es la experiencia misma la que nos guía cuando realizamos consideraciones teóricas sobre nuestro campo de acción. No obstante, aunque no podamos extraer de ellas generalizaciones, es posible situar algunas características que son propias de ciertas presentaciones.

En la particularidad de la consulta de urgencia en Salud Mental lo que encontramos habitualmente son los efectos de una irrupción, un quiebre; los fenómenos se presentan como signados por un exceso que se torna insoportable. Este exceso conduce al sujeto por diversos caminos, como la inhibición, el mutismo, el aislamiento, la impulsividad, los actos desesperados (Sotelo, 2007).

Los psicoanalistas coinciden en pensar que esta situación es el resultado de un proceso psíquico, que encuentra en la urgencia su punto de basta. El relativo equilibrio homeostático que hasta entonces sostenía la vida, de pronto se quiebra e irrumpe un goce sin medida, que deja al sujeto en el limbo de una eternidad sin tiempo ni espacio (Seldes, 2019).

En *El cuerpo hablante y sus estados de urgencia* (2016), Miquel Bassols realiza una aproximación para pensar la urgencia, al diferenciar dos dimensiones del tiempo: el tiempo infinito del lenguaje y el tiempo cíclico de la pulsión de muerte, límite temporal del cuerpo hablante.

El tiempo del lenguaje no tiene límites, es eterno, porque el lenguaje introduce cierto ideal de eternidad. Este tiempo podría escribirse con la fórmula S1-S2: automatón de la cadena significante, en la que incesantemente se convoca y se remite a otro significante. Lo que encontramos en esta dimensión temporal es un desplazamiento hacia la infinitud, ya que después de un significante siempre puede venir otro. Bassols relaciona este desplazamiento con el funcionamiento del inconsciente simbólico, regido por las leyes de condensación y desplazamiento. Un inconsciente que supone a un ser que habla, sueña, tiene síntomas, lapsus. Formaciones del inconsciente que envían a otra significación y pueden descifrarse como jeroglíficos.

El tiempo cíclico de la pulsión de muerte, en cambio, se liga a aquello que Freud situó en el ombligo de este inconsciente simbólico: un agujero de significación, algo no reconocido, que escapa a toda movilización significante. Detención de las asociaciones, que en *Recordar, repetir, reelaborar* Freud (1914) nombró con el término *agieren*. Límite al desciframiento asociado al nudo entre el cuerpo y el lenguaje, “que viene a escribir

algo de ese real de la castración” (Bassols, 2016, s. p.). Límite corporal del ser hablante tocado por la letra, que, como marca en el cuerpo, se constituye en soporte real del significante.

Es este cuerpo, en tanto habitado por la pulsión, lo que conduce al límite y puede en algunos casos precipitar el acto. De esta manera, tal y como lo sitúa Bassols, los estados de urgencia pueden asociarse a la experiencia de este límite temporal:

La experiencia de tener un cuerpo hablante es siempre y cada vez la experiencia de un límite temporal. Introduce lo que podemos llamar la urgencia subjetiva; es decir, la urgencia de la pulsión en el cuerpo hablante, que es siempre y en su límite, la experiencia de la pulsión de muerte, como Freud mismo indicó a partir del año 20. (Bassols, 2016, s. p.)

En este límite temporal el sujeto no es agente del acto; es el sujeto del goce, atravesado por el phatos de la pulsión. Vinculado al inconsciente real, sin ley, cuyo encuentro es contingente, el tiempo cíclico se sitúa al nivel de la tyché, del encuentro azaroso con efectos de sin sentido.

Tyché y automaton quedan de esta manera vinculados a la clínica de la urgencia, a partir de esta distinción que propone Bassols en relación con el tiempo. El tiempo es una categoría íntimamente relacionada con la urgencia: inmediatez, premura, prisa, apremio, rapidez son sustantivos que definen a aquello que urge y se encuentran fuertemente asociados a la noción de tiempo.

Si pensamos en el tiempo eterno del lenguaje, podemos situar allí, entonces, al automaton de la insistencia de los signos. Repetición enlazada al funcionamiento de la cadena significante, que se rige por el principio de placer, al retorno de lo reprimido, de lo que no cesa de inscribirse, del inconsciente freudiano que cifra. Podemos pensar que este estatuto de la repetición comanda cierto funcionamiento, un modo de arreglárselas en la vida y que en la urgencia lo que se produce es un encuentro azaroso que detiene el automatismo de esta repetición que vela lo real, dejando al sujeto sin recursos frente a lo real imposible de capturar a través de los significantes.

En el *Seminario 11* Lacan traduce el encuentro con lo real como la tyché: “Lo real está más allá del automaton, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos, a que nos somete el principio de placer. Lo real es eso que yace siempre tras el automaton” (Lacan, 2007 [1964]), p. 62).

La tyché como encuentro con lo real, encuentro “en tanto que es, esencialmente, el encuentro fallido” (Lacan, 2007 [1964], p. 63), se sitúa al nivel del trauma como lo inasimilable, como aquello que no cesa de no escribirse, ubicado más allá del principio de placer. Lo interesante es que Lacan nombra a lo real como el hueso del análisis, puesto que la tyché es ese más allá del automatón que, a diferencia de éste (que implica una repetición que adormece), es lo que anima, es un encuentro con lo real que despierta. Lo que anima es

justamente aquello que no está, en tanto que representado, como en el caso del juego del *fort-da*, en el que el automatismo de repetición es animado por una *spaltung* en el sujeto.

La urgencia, de esta manera, en tanto irrupción de lo real, se constituye en una experiencia fecunda para que se produzca una torsión que conduzca a un despertar, haciendo de esa irrupción un encuentro que anime.

La experiencia del despertar

Cuando un sujeto llega a la experiencia del límite temporal del cuerpo hablante, la intervención de un analista, orientada por la lectura del acontecimiento que precipitó la urgencia como el resultado de un proceso psíquico, propondrá poner a trabajar la irrupción de la pulsión de muerte en el cuerpo hablante.

Ubicar cuáles fueron las coordenadas de la urgencia, qué acontecimientos produjeron el quiebre, qué es lo que dejó de funcionar y, sobre todo, para quién ese acontecimiento representó una ruptura, permitirá enmarcar los fenómenos asociados a la irrupción y alojar al sujeto en un espacio en el que pueda tomar la palabra, cediendo algo del goce mortificante en juego.

En el texto anteriormente mencionado, Bassols señala que entre las dos dimensiones del tiempo infinito del lenguaje y del tiempo de la pulsión de muerte se juega el destino del cuerpo hablante en sus estados de urgencia. Desde esta perspectiva, podemos pensar que, cuando un sujeto se encuentra en un estado de urgencia, promover la apertura de la dimensión de la palabra es introducir el tiempo del lenguaje, restituyendo, de esta manera, el funcionamiento del inconsciente simbólico. Como dijimos, el inconsciente simbólico supone a un ser que habla, que tiene síntomas y en la urgencia usualmente esta dimensión está colapsada, ya que se trata de un quiebre que puede llevar al sujeto a la experiencia del límite, manifestada muchas veces en el mutismo o en la angustia inundante.

En su curso *Donc. La lógica de la cura*, Miller sitúa que el dispositivo psicoanalítico requiere de un sujeto que sea capaz de aportar un texto a leer, es decir que sea capaz de asociación libre: “Admitimos a un sujeto cuando pensamos que su síntoma podrá curarse por medio de un enunciado formulado de forma explícita” (Miller, 2011, p. 287).

Sin embargo, restituir el tiempo infinito del lenguaje no significa hacer que las cosas vuelvan al mismo lugar, aunque sea esto muchas veces lo que se demande al analista que interviene en la urgencia. Se trata, en cambio, de sostener una escucha que promueva el comienzo de un trabajo de elaboración que implique al sujeto en la urgencia.

Hacer de la urgencia una experiencia que conduzca a un despertar es tomar la oportunidad de la *tyché*, para que el sujeto encuentre nuevos modos de arreglárselas con lo inasimilable.

Si seguimos a Lacan en la Clase del 12 de febrero de 1964 del *Seminario 11*, la insistencia de lo inasimilable se conserva en el seno de los procesos primarios y el trauma, aunque sea concebido como algo que ha de ser taponado por la homeostasis subjetivante, reaparece en ellos y “muchas veces a cara descubierta” (Lacan, 2007 [1964], p. 63). Para dar cuenta de ello, Lacan toma el ejemplo del sueño que hace surgir repetidamente el trauma y produce de este modo el despertar. Despertar posibilitado justamente por lo real que irrumpe en el sueño.

Lacan se centra entonces en el sueño analizado por Freud en *La interpretación de los sueños*, conocido con el nombre “Padre ¿No ves que ardo?”:

Recuerden a ese padre desdichado que ha ido a descansar un poco en el cuarto contiguo al lugar donde reposa su hijo muerto –dejando a un viejo, canoso, nos dice el texto, velar al niño– y que es alcanzado, despertado por algo. (Lacan, 2007 [1964], p. 65)

Lacan se pregunta qué es lo que produce el despertar en este sueño. ¿Acaso fue la realidad de un golpe, un ruido? O tal vez no sólo esto, sino más precisamente, algo que traduce en el sueño la casi identidad de lo que está pasando en la realidad: que una vela se ha caído y que está prendiendo fuego el lecho en el que el hijo reposa.

Pero esta traducción no contradice la función que Freud atribuyó al sueño, la función de preservar el dormir. En el Apartado C *Estímulos y fuentes del sueño*, del Punto 1 de *La interpretación de los sueños*, se refiere en primer lugar a los estímulos sensoriales exteriores para dar cuenta de una teoría que concibe a los sueños como la consecuencia de una perturbación del dormir:

Un mosquito puede picarnos o un pequeño accidente nocturno asediar al mismo tiempo varios de nuestros sentidos. Los observadores han reunido toda una serie de sueños en los cuales el estímulo que se comprobó al despertar y un tramo del contenido del sueño concuerdan tan bien que puede reconocerse en el estímulo la fuente del sueño. (Freud, 2010 [1900], p. 49)

Es en este sentido que Lacan sitúa que, en el caso del sueño “Padre ¿No ves que ardo?”, es improbable que el despertar haya sido provocado por la presencia del estímulo sensorial externo: “Si la función del sueño es permitir que se siga durmiendo, si el sueño, después de todo, puede acercarse tanto a la realidad que lo provoca, ¿no podemos acaso decir que se podría responder a esta realidad sin dejar de dormir?” (Lacan, 2007 [1964], p. 66).

Entonces, si no es por causa del estímulo sensorial, ¿qué despierta? ¿Qué produce el despertar? Aquí se presenta la idea con la que Lacan introduce una aproximación a la noción de tyché. Lo que despierta es otra

realidad que se figura en el sueño: que el niño, de pie junto a la cama del padre, lo toma por el brazo y le murmura en tono de reproche “Padre ¿Acaso no ves que ardo?”

Este mensaje en tono de reproche tiene más realidad que el estímulo externo del ruido, que en el sueño se tradujo como una figuración casi idéntica de la realidad de lo que estaba pasando en la habitación contigua. Las palabras del hijo en el sueño, tal y como lo sitúa Lacan, dan cuenta de otra realidad, la realidad fallida que causó la muerte del niño.

Para Lacan, el peso de estas palabras está probablemente asociado a la perpetuación del remordimiento del padre, que se extiende también al hecho de haber dejado a cargo de velar junto al lecho del hijo alguien que tal vez no estaba a la altura de la tarea y que, en efecto, se quedó dormido.

De este modo, con ayuda de la realidad de un estímulo exterior, en el sueño se repite “un más allá que se hace oír en el sueño”: el deseo se presentifica en la pérdida de objeto, en la muerte del niño “ilustrada en su punto más cruel” (Lacan, 2007 [1964], p. 67).

De manera que el sueño no es sólo una fantasía que colma un anhelo, lo real rige los rodeos del proceso primario. La realidad del reproche en las palabras del niño es para Lacan una antorcha que toca lo real. Este sueño resulta entonces ejemplar, puesto que en él, entre el estado del sueño y el de despertar, se sitúa el encuentro siempre fallido con lo real.

Detrás del sueño se encuentra otra realidad, algo que no tiene representación y que en el sueño se encuentra recubierto, velado por aquello que hace las veces (lugarteniente, *vorstellungrepräsentanz*) de la representación que falta. En esa otra realidad hay que buscar lo real. Algo primero, otra realidad disimulada en el sueño, que gobierna nuestras actividades y es determinante de la función de repetición.

Del quiebre a la subjetivación

Lacan acentúa en la clase del *Seminario 11* anteriormente mencionada un aspecto de la repetición: que la repetición exige algo nuevo. Tomando el caso del juego del niño, sitúa que el deslizamiento que le brinda una apariencia de repetitivo esconde el verdadero secreto de lo lúdico, “la diversidad más radical que constituye la repetición en sí misma” (Lacan, 2007 [1964], p. 69).

Como ya anticipamos, en el juego del *fort-da*, la hiancia introducida por la ausencia de la madre es el “foso” alrededor del cual el niño se pone a jugar. “El conjunto de la actividad simboliza la repetición (...) de la partida de la madre como causa de una *spaltung* en el sujeto” (Lacan, 2007 [1964], p. 70). En el *Seminario 1*, Lacan realiza una lectura de este juego como un ejercicio que da cuenta de la entrada del niño al mundo del símbolo, al lenguaje y al deseo como deseo del Otro. Según Lacan, “mediante esta oposición fonemática el niño trasciende, lleva a un plano simbólico, el fenómeno de la presencia y de la ausencia. Se convierte en amo de

la cosa, en la medida en que, justamente, la destruye” (Lacan, 2019 [1953-1954], p. 257). El acceso al símbolo implica una negativización, el asesinato original de la cosa, la palabra mata a la cosa que, al momento de transformarse en un símbolo, aparece como presencia, pero sobre el fondo de una ausencia.

En el carretel Lacan designa entonces al sujeto, que pierde una parte de sí mismo como objeto cuando la madre se va. Aquello de lo que el *vorstellungrepräsentanz* hace las veces en el sueño es lo mismo que el niño busca en el juego: lo que no está, en tanto que representado.

Es este encuentro con lo real, el accidente, el tropiezo de la tyché, lo que anima el juego, el sueño y, llevando más lejos las cosas, el desarrollo entero. Lo traumatizante de la introducción de la sexualidad es un mal encuentro, un tropiezo tal que la angustia de castración perfora todas las etapas del desarrollo sexual.

En esta concepción de la tyché como encuentro fallido que anima, radica para Lacan toda la originalidad del análisis.

Si retomamos los desarrollos de Bassols acerca de las dos dimensiones del tiempo, podemos pensar, como ya lo situamos en relación con los estados de urgencia, que una característica particular de los mismos es el encuentro con lo real pulsional, con el sin sentido. La intervención analítica partirá en estos casos de crear un espacio para la emergencia del sujeto del significante, de modo tal que pueda darse a eso que irrumpe un sentido. Cabe señalar, como lo hace Bassols, que esta distinción es esquemática; si bien se distinguen las leyes del lenguaje de la pulsión, no se puede soslayar que el lenguaje no sólo no está separado de la pulsión, sino que está capturado en ella. Hablar es una forma de decir, pero es también una forma de gozar vinculada al cuerpo, “cuerpo en el que la pulsión resuena como el eco de un decir” (Bassols, 2016, s. p.). Es un cuerpo que no es un organismo, sino un cuerpo Uno, en el que se anudan inconsciente real e inconsciente simbólico.

A pesar de ello, esta distinción nos permite aproximarnos a algunas orientaciones posibles para la intervención analítica en la urgencia.

Considerada desde la función de la tyché, de lo real como encuentro, la situación de urgencia podría ser ciertamente una oportunidad de despertar. Sin embargo, también es cierto que es posible responder a este real que irrumpe sin dejar de dormir. No siempre un encuentro con lo real produce una urgencia y, si la produce, esto no conduce necesariamente al sujeto a una consulta. Tampoco si lo condujera está garantizado que la intervención del profesional se orientará en otro sentido que el de hacer que las cosas vuelvan al mismo lugar. Es más, aunque la intervención sí se oriente a hacer del accidente de la tyché un encuentro que despierte, no es seguro que la misma llegue a ese puerto.

No obstante, a sabiendas de que nuestra intervención no siempre tendrá los resultados esperados, como analistas no cejamos en sostener un deseo orientado por una ética de lo real, que, como el hueso del análisis, puede ser leído como un real que anima.

Tomemos como ejemplo los casos que implican situaciones de violencia, más precisamente de violencia contra la mujer en el contexto de pareja, tan frecuentes en la consulta de urgencia (Sotelo y Fazio, 2019). Con la salvedad ya realizada en relación con la necesidad de considerar cada caso en su singularidad, muchas veces, lo que encontramos en estas consultas es el cese de un automatismo de repetición. En general, la violencia no es algo nuevo, las mujeres que acuden a una guardia vienen viviendo este tipo de situaciones desde hace años, la violencia es sistemática y sostenida en el tiempo. Pero, de pronto, un día la situación ya no se puede sostener y la mujer pide ayuda. Desde la perspectiva que venimos trabajando, podemos pensar que lo que sucede es que algo de esa violencia se sale del límite subjetivo: puede ser como consecuencia de una lesión en el rostro producida por un golpe que deja una marca o porque la violencia ya no se dirige sólo a ella, sino también a sus hijos o por el hecho de que la violencia ahora se produce también frente a los hijos, incluso por la violencia de alguna palabra que la conmueve de forma particular... Algo toca lo real y produce una diferencia en la repetición. La situación de violencia es la misma, pero ya no es lo mismo.

En estos casos, la consulta se nos presenta como una oportunidad para poner un punto de basta. Sobre todo en los casos de violencia en el contexto de pareja, en los que, como se ha planteado desde diversos enfoques, la dinámica de la violencia suele ser circular. En el “círculo de la violencia” (Walker, 2009 [1979]) se pueden situar tres fases: una fase de tensión que puede durar días, semanas o meses, en la que el sujeto agresor acumula una tensión que va en aumento y que deriva en una fase aguda o de crisis, en la que estalla finalmente la violencia. Tras esta fase, en general, sobreviene una de reconciliación o “luna de miel”, en la que el agresor se muestra arrepentido, se angustia, promete que cambiará. No es poco frecuente que las consultas por violencia en la urgencia se presenten durante la fase aguda y, si tenemos en cuenta que con posterioridad es probable que siga la fase de calma, la dirección a un analista se presenta como una oportunidad para poner un límite al ciclo de la violencia.

En este sentido, la urgencia, ya no sólo en los casos que implican situaciones de violencia, puede ser entendida como un acontecimiento con la potencia de marcar un antes y un después en la vida de un sujeto.

De esta manera, si bien la intervención requiere volver a instalar algo del automatismo, no para volver a un estado anterior, sino para salir del estado de urgencia, el encuentro con un analista que encarne la función de la *tyché* puede propiciar un despertar que anime al sujeto a encontrar una salida diferente a la del automatismo de repetición.

Referencias bibliográficas

- Bassols, M. (2016, enero-abril). El cuerpo hablante y sus estados de urgencia. *Freudiana*, (76). Recuperado de: <https://freudiana.com/el-cuerpo-hablante-y-sus-estados-de-urgencia/>
- Freud, S. [1900] (2010). *La interpretación de los sueños*. En J. Strachey (ed.) y J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas* (2da. ed., Vol. 4-5). Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Freud, S. [1914] (1991). *Recordar, repetir, reelaborar*. En J. Strachey (ed.) y J. L. Etcheverry (trad.), *Obras Completas* (2da. ed., Vol. 12, pp. 145-157). Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Lacan, J. [1953-1954] (2019). *El Seminario 1: Los escritos técnicos de Freud*. En J. Granica, (ed.) y R. Cevasco y V. Mira Pascual (trad.), *El seminario de Jacques Lacan* (1ra. ed.). Buenos Aires. Paidós.
- Lacan, J. [1964] (2007). *El Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. En J. Granica, (ed.) y J. L. Delmont-Mauri y J. Sucre (trad.), *El seminario de Jacques Lacan* (1ra. ed.). Buenos Aires. Paidós.
- Miller, J-A. (2011). *Donc. La lógica de la cura. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller* (1ra. ed.). Buenos Aires. Paidós.
- Seldes, R. (2019). *La urgencia dicha* (1ra. ed.). Buenos Aires. Colección Diva.
- Sotelo, I. (2007). *Clínica de la urgencia* (1ra. ed.). Buenos Aires. JCE.
- Sotelo, I. y Fazio, V. (2019). Empleo del tiempo lógico en el abordaje psicoanalítico de situaciones de violencia familiar en la consulta de Urgencia en Salud Mental. Buenos Aires. *Anuario de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la UBA, Volumen 26*, pp. 295-301.
- Walker, L. [1979] (2009). *The Battered Woman Syndrome* (3a. ed.). New York. Springer Publishing Company.
-